



De pandemias, hybris y paroxismos. Una reflexión en tiempos del coronavirus

Carlos Alberto Zavaro Pérez

Question/Cuestión, Nro.69, Vol.3, agosto 2021

ISSN: 1669-6581

URL de la Revista: <https://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/>

ICom -FPyCS -UNLP

DOI: <https://doi.org/10.24215/16696581e537>

**De pandemias, hybris y paroxismos.
Una reflexión en tiempos del coronavirus**

**About pandemics, hubris and paroxysms.
A reflection in times of coronavirus**

Carlos Alberto Zavaro Pérez

Museo de La Plata, Facultad de Ciencias Naturales y Museo, Universidad Nacional de La Plata.

Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, Universidad de Belgrano.

Argentina

czavaro@fcnym.unlp.edu.ar

<https://orcid.org/0000-0003-3298-7383>

Resumen

La epidemia provocada por el virus SARS-CoV-2, se ha convertido en un fenómeno global que ha paralizado al mundo y ha desatado una catarata de situaciones diversas en el plano sanitario, político, económico, ecológico y comunicacional. El presente artículo discute el impacto del coronavirus, contextualizando algunas pandemias en perspectiva histórica. Además se discuten

algunos emergentes en relación a la falsa dicotomía instalada en el sentido común, por los medios hegemónicos de comunicación, respecto de la antinomia salud y economía. Finalmente se recorren algunas ideas en relación a las tradiciones orales como herencia cultural, reflexionando acerca de cambios en las conductas sociales respecto del uso de los recursos naturales, en la gestión global del planeta y de un modelo de sociedad que ha develado que la desigualdad existente y la crisis de los sistemas sanitarios constituye una crisis del capitalismo global.

Palabras claves: coronavirus; crisis ambiental; comunicación; cultura; salud.

Abstract

The epidemic caused by the SARS-CoV-2 virus has become a global phenomenon that has paralyzed the world and unleashed a cataract of diverse situations in the health, political, economic, ecological and communicational fields. This article discusses the impact of the coronavirus, contextualizing some pandemics in historical perspective. In addition, some emerging issues are discussed in relation to the false dichotomy installed in common sense, by the hegemonic media, regarding the antinomy of health and the economy. Finally, some ideas in relation to oral traditions as cultural heritage are reviewed, reflecting on changes in social behaviors regarding the use of natural resources, in the global management of the planet and a model of society that has revealed that the existing inequality and the crisis of health systems constitutes a crisis of the global capitalism.

Key Words: coronavirus; environmental crisis; communication; culture; health.

Introducción

La cólera de Aquiles ante la injuria propiciada a Criseida, hija Crises -sacerdote de Apolo- que fue enviada como ofrenda a Agamenón quien la convirtió en su concubina, desató la plaga que sometió durante casi diez días al ejército griego asentado en Troya. *La Ilíada* recrea este pasaje en sus primeras páginas y más allá del legado de Homero, en ellas se vislumbra como causa de la pandemia el castigo provocado por la ira de los dioses ante el pecado de la humanidad: la hybris, el exceso que supone traspasar los límites (García Álvarez, 2019). La historia griega, no obstante, nos recuerda otras plagas como aquella acontecida en Atenas 400 años antes de Cristo que refuerza la idea del castigo divino, una creencia que se remonta al origen de prácticamente todas las culturas donde los rituales de desagravio (Frazer, 2011) son estimados como un modo de revertir enojos y ganar los favores divinos.

El antiguo testamento narra la ira de Javhé, Dios de los judíos, contra los egipcios tantísimos años antes de la conquista de la tierra prometida al enviar sobre el territorio de Egipto diez plagas sucesivas que no sólo incluyó la transformación del agua potable en sangre y la invasión de ranas, mosquitos, pulgas y moscas, sino también la aparición de pústulas en la piel de los habitantes del imperio de las pirámides, una tormenta de fuego, una invasión de langostas sin precedentes y hasta la muerte de los primogénitos que no pertenecían al *pueblo elegido*. En la sucesión de plagas subyace un mismo denominador como causa de la ira divina: la hybris!

La oralidad de los pueblos sobre la que se han construido las tradiciones que distinguen a muy diferentes culturas de las que dan cuenta nuestra historia civilizatoria y la literatura, ha logrado recrear el escenario de numerosas enfermedades que a través de los tiempos han sido comunicadas como castigos divinos. Son varias las epidemias que azotaron al mundo y han dejado huella en la memoria colectiva y en la cultura universal, entre las más famosas se podría enumerar a la lepra, la peste negra, la viruela, el cólera, la gripe española, la fiebre amarilla, el VIH, la gripe asiática y en años más recientes, las enfermedades respiratorias originadas por los virus SARS y MERS en el sudeste asiático y en el medio oriente respectivamente, así como el ébola y el coronavirus que, además de haber paralizado al mundo en los últimos meses, pareciera ser la más generalizada de todos los tiempos. Algunas

de ellas, por su localización han sido definidas como endemias, cuando se han tratado de patologías circunscriptas a una localidad en particular o como pandemias cuando su capacidad de contagio le ha permitido difuminarse por vastos territorios.

Si bien algunas de ellas terminaron mermando considerablemente a la población mundial en diferentes épocas, tal como aconteció con la gripe española (Luthy et al., 2018), la causa de los altos índices de mortalidad se ha debido fundamentalmente a la ausencia de medicación efectiva para combatir los agentes bacterianos o virósicos que las originaron, al desarrollo de los medios de transporte que potenció la circulación de las personas e incluso a ciertas prácticas culturales. Algunas de las pinceladas que nos remontan a los contextos históricos signados por este tipo de eventos han llegado hasta nuestros días a través de las páginas de algunos tratados de medicina y de la farmacopea que han sido desempolvados de las estanterías de las bibliotecas, a través de documentos históricos que han sido revisitados por especialistas en la temática y sobretodo por narraciones que han logrado incrustarse en nuestra imaginación como parte de una composición de lugar que es debida al aporte de la literatura universal, aun cuando su lectura pudiese antojársenos -como mínimo- inverosímil y anacrónica. Reflexionar sobre esta coyuntura que es, esencialmente, escenario de la comunicación a través del tiempo, es parte del recorrido de estas líneas donde se analizan algunas situaciones que, paradójicamente hoy, nos tiene por protagonistas.

La pandemia en los tiempos oscuros

La devastación ha sido una imagen recurrente y común a los escenarios de pandemia, tanto en la Edad Antigua como en especial durante la Edad Media, un mundo signado por el oscurantismo impuesto por el poder de la inquisición y en el que el alivio a las dolencias corporales era prodigado casi exclusivamente por hombres, quienes eran los únicos que podían ejercer la medicina. Aquellas mujeres conocedoras de las virtudes curativas de las hierbas, en cambio, eran llamadas curanderas, acusadas de brujas o herejes y muchas veces condenadas a morir en la hoguera.

Ha sido justamente durante el medioevo, en particular durante el año 1347, en que el viejo continente fue azotado por una de las más famosas epidemias: la peste negra o peste

bubónica (Restrepo, 2014) que, llegada desde Mongolia por las rutas de viajeros y mercaderes, terminó por mermar a un tercio a la población mundial afectada por fiebres que eran acompañadas de bubones (ganglios linfáticos inflamados). En contraposición a las creencias instaladas por las supercherías, la peste bubónica no era otra cosa que la infección causada por una bacteria transmitida por las pulgas de las ratas que pudieron haber acompañado a las caravanas que colmaban los caminos entre Asia y Europa y que proliferaron en Venecia (Italia), gracias a una matanza de gatos acontecida poco tiempo antes por ser considerados intermediarios del diablo -otra vez la hegemonía de la palabra instituida-, cuando éstos constituían los predadores naturales de los roedores.

De Italia, la enfermedad, se propagó al resto de Europa, no sólo por la falta de higiene existente en los suburbios de las ciudades más populosas, sino también porque muchos penitentes, que recorrían el continente azotándose la espalda como signo de constrictión, arrastraban tras de sí -convertidos en una suerte de flautistas de Hamelin- a los roedores, que atraídos por la sangre de las heridas, contribuían, a su vez, a propagar los contagios.

De travesías y contagios

Al margen de las caravanas de mercaderes con carros tirados por caballos que transitaban las rutas de la seda y los caminos reales impregnados en nuestras retinas por las películas ambientadas en el medioevo, el desarrollo de la navegación permitió el arribo por mar a continentes como América y África, y conjuntamente con las/os viajantes que protagonizaron esas oleadas migratorias por motivos muy distintos, algunos polizones como ratas y otras alimañas, agazapadas entre los tirantes de los barcos e ignorados por la tripulación, terminaron transportando enfermedades que siendo desconocidas en esos lares terminaron por diezmar a la población indígena cuando para los recién llegados podrían representar tan solo un malestar pasajero. En algunas obras literarias que relatan la conquista del Nuevo Mundo y la vida en las colonias como las notas de Fray Bartolomé de las Casas o de Fray Toribio de Benavente y, más recientemente, obras como *El amor en tiempos del cólera*, contribuyeron a recrear estos escenarios.

En este mismo tenor, los últimos años han sido testigos del desarrollo de la aeronavegación comercial, que se ha convertido probablemente en la protagonista absoluta de la propagación del coronavirus, ya que los aeropuertos, sobretodo aquellos que operan como nodos en el tráfico aéreo con un alto flujo de vuelos que provienen y parten hacia muy diversas regiones del mundo, terminaron por convertirse en importantes centros de contagio de pasajeros en tránsito que, por ser asintomáticos, pudieron contribuir en las primeras etapas de la pandemia, a esparcir el virus a una velocidad inusitada sin que, probablemente, fueran conscientes de padecer la enfermedad. Nada que no haya sido anticipado por algunos largometrajes de ciencia ficción.

Cerrar las fronteras e imponer trabas al tránsito aérocomercial (OMS, 2016) y, sobretodo, aislarse para evitar el contacto con el otro, transmutado en enemigo o en vector de lo desconocido y del pánico, fue -en este contexto- la manera más efectiva implementada por parte de la mayoría de los países para frenar los contagios. Así, la cuarentena, vetusta e impensada en tiempos de la hiperconectividad, casi que rescatada de los textos medievales, comenzaba a imponerse como semblanza de un mundo del que sólo había referencias en las estanterías de las bibliotecas y en los títulos de algunas de las series que componían los catálogos de las plataformas *on demand*.

La cuarentena ¿inimaginada?

Una de las obras más trascendentes de la literatura universal, “*El Decamerón*”, de Giovanni Boccaccio retrata algunas de estas pinceladas. En ella se recrea el aislamiento de un grupo de amigos y conocidos durante la peste bubónica en una casona de las afueras de la ciudad de Venecia. La decisión les permitió evitar los contagios que comenzaban a cobrarse las vidas de a cientos de miles, y más allá de la magistralidad con la que el autor nos deleita con las historias picarescas que atemperaban los días de aislamiento, pareciera impensable, al leer sus páginas pocos años atrás, imaginarnos que hoy, varios siglos después, podríamos enfrentarnos a una situación similar.

En algunos países de la región, tal como ocurrió en Argentina, la cuarentena permitió ganar tiempo para comenzar a fortalecer un sistema de salud derruido tras varios años de abandono y apertrecharse con los insumos necesarios que permitieran garantizar la realización masiva de

test de diagnósticos, la posibilidad de construir centros de aislamiento para enfermos leves y sobretodo de fortalecer el sistema hospitalario para garantizarles a aquellos que así lo requirieran una cama de alta complejidad provista de respirador (Belardo, 2020). También contribuyó a modificar las costumbres y tradiciones culturales e incorporar nuevas prácticas como el uso de barbijos, el distanciamiento social, imponiendo incluso nuevas disposiciones respecto de las prácticas funerarias. Algunas imágenes que pudieron verse en los noticieros mostrando fosas comunes -en países limítrofes- o médicos vestidos con trajes de aislamiento que aun estando en plena ciudad de Buenos Aires parecían emerger de una película de corte catastrofista, contribuyeron a desencadenar muy diversas sensaciones en relación a la amenaza invisible.

La cotidianidad, en ese contexto, obligó a reconfigurar tanto las modalidades de trabajo bajo el formato de *"home office"* como los procesos de enseñanza aprendizaje a distancia, en un esfuerzo enorme que implicó, en relación al sistema educativo, diseñar nuevas estrategias metodológicas de mediación del conocimiento que para muchos de las/os docentes representó el desafío de amigarse con herramientas tecnológicas que hasta ese entonces les resultaban prácticamente desconocidas y que se convirtieron en un poderoso medio de comunicación, no sólo para transmitir conocimientos y debatir contenidos, garantizando la continuidad pedagógica, sino sobretodo para reflexionar críticamente sobre el escenario, aun cuando la inclusión de esta agenda en las clases dependiera estrictamente de la intencionalidad de las/os docentes y, por otra parte, haya sido tan disímil como el acceso a internet del estudiantado.

Las vivencias del año en que permanecemos encerrados en nuestros hogares como una forma de reducir la circulación de las personas, y con ella la del virus, pareció una suerte de simulacro de las cuarentenas medievales, aunque tal como es posible imaginar de la lectura de la obra del famoso florentino, no todas/os pudieron darse el lujo de refugiarse en un espacio confortable por lo que el aislamiento no siempre constituyó una medida a la medida de todas/os y, poco tiempo después, y ante las necesidades económicas de comerciantes y trabajadores informales, y sobretodo ante el constante fogonear de los grandes medios de comunicación que, en su interés por imponer un sentido común anticuarentena no cesaron de achacar la causa de todos los males al encierro, comenzó una progresiva flexibilización que tuvo una

correlación directa con el incremento de los casos y en consecuencia con el aumento de la tasa de ocupación de camas de terapia intensiva y la elevación del número de fallecidos, no sólo en Argentina, sino también a nivel mundial.

Los intereses detrás del interés de informar

Los embates de una prensa impaciente con intereses inconfesables contribuyó a potenciar el hastío ante el encierro y a desatar manifestaciones callejeras que, al borde del paroxismo, y amparada -en Argentina- por algunos sectores de la oposición política que se hicieron presentes en el lugar, se empeñaban en combatir la cuarentena como si ésta constituyera una estrategia que, en el marco de una conspiración internacional, hubiese sido diseñada para imponer un nuevo orden mundial. Entre gritos y desenfrenos, un sector de la sociedad apelaba a algunos neologismos como “*infectadura*” o “*plandemia*” para adjetivar la coyuntura ante la pasmosa incredulidad de quienes frente a las pantallas de los canales de noticias, como imbuidos en un mundo paradójico, no daban crédito a las imágenes que se sucedían como en una tragicomedia donde el sinsentido era naturalizado ante la incapacidad de reflexión en torno a los peligros que suponía la aglomeración de personas reclamando por una falta de libertad que no existía y negando la existencia de un virus que en el mundo entero incrementaba día tras día las curvas de todo tipo de indicadores, desde aquellos que registraban la evolución de la infestación hasta los que daban cuenta del sinigual decremento de la economía mundial.

Otras pantallas, las de los teléfonos celulares, también contribuyeron a generar el retablo donde se representaban las más absurdas escenas gracias al rol de las redes sociales desde donde se instalaron ideas alarmistas basadas en datos poco confiables que dispararon el dramatismo con mensajes imprecisos y confusos (Segura, 2020). La “*infodemia*”, he ahí otro de los neologismos emergentes de estos tiempos, terminó por contagiar la racionalidad colectiva con desinformación y noticias falsas o de dudosa procedencia basadas en opiniones poco calificadas que circulaban como verdades absolutas y que incluso eran debatidas entre panelistas en los programas de televisión que ocupaban el *primetime*, en un tiempo en que, por otra parte, la posverdad no constituye una novedad en la lógica comunicacional, sino más bien una práctica naturalizada que es empleada por varios medios hegemónicos como estrategia para construir un sentido común (Berger y Luckmann, 1968), desde donde pueda manipularse

la opinión pública (Rodríguez Ferrándiz, 2019) con propósitos que muchas veces encubren intereses económicos y políticos en rechazo a los planes desplegados por el gobierno nacional para sostener a los más necesitados e impedidos de trabajar y para promover un sociedad más justa y con una mayor redistribución de la riqueza.

La Paradoja del Sistema

Esta suerte de disyunción entre la economía y la salud instalada por los medios, constituyó una falacia (Zavaro Pérez, 2020), y si bien el Estado -al menos en Argentina- inyectó un volumen importante de recursos económicos para sostener a los sectores más vulnerables, el aletargamiento inevitable de la economía ha comenzado a notarse en toda la región (CEPAL, 2020) y más allá de las disputas respecto de las fuentes de financiamiento (expansión monetaria, acceso a créditos o impuestos a las fortunas más importantes -quizás el más resistido y denostado por los medios hegemónicos en el país-) la realidad es que la pandemia ha sumido al mundo en una importante recesión (Nicola et al., 2020). Países que en un primer momento privilegiaron la economía por sobre el aislamiento y la inversión estatal en un sistema de salud que permitiera atender a la población sin distinción de clases, han pagado un costo elevado tanto por el desplome de la economía real y de los principales indicadores económicos en el marco de una economía de mercado (Castro, 2002) que es incapaz de regularse a sí misma, como por los altos índices de contagio y de circulación del virus, que a su vez, han venido acompañados de tasas de mortalidad sumamente elevadas y de la aparición de nuevas cepas y variantes como resultado de las mutaciones que normalmente acontecen durante el proceso de replicación del virus (Galán Avella, 2007).

En este escenario, la dificultad para acceder a los sistemas de salud pública en la mayoría de los países ha sido una constante. En los periféricos, que integran la nómina de los llamados subdesarrollados, la carencia de recursos económicos ha erosionado el acceso de la población a los hospitales y medicamentos, una situación que no resulta sorpresiva teniendo en cuenta que en muchos de ellos, una parte de la población enferma y muere de patologías que hoy parecieran extintas en los países del primer mundo, lo que se agrava ante el elevado número de personas vulneradas que viven en barrios periféricos donde imperan condiciones de hacinamiento en las que acceder a agua potable es todo un lujo.

Sin embargo, han sido precisamente los más desarrollados y en particular los Estados Unidos, el Reino Unido, Italia y España, algunos de los que muestran niveles de infestación exorbitantes y en los que el propio sistema sanitario ha estado al borde de una crisis sin precedentes que ha obligado a las/os médicas/os a tener que enfrentarse al dilema ético de elegir a qué paciente dejar morir (Algañaraz, 2020) por carecer de respiradores para todos. Entre las razones que podrían aventurarse como explicación de la situación, la desinversión en salud por sobre otros rubros a los que suele destinarse mayores recursos provenientes del producto bruto interno (PBI) y la profundización, como nunca antes, de las diferencias de clase que distorsionan la redistribución de la riqueza, pareciera constituir un denominador común. La desigualdad de la que hablaban los libros de sociología y algunos tratados de economía política y filosofía, se develó como nunca antes ante la presencia del virus, exponiendo también la inequidad sistémica existente a escala planetaria que ha sido resultante de la aplicación sostenida de políticas neoliberales amparadas por una concepción mercantilista de los recursos naturales que ha puesto en crisis al ambiente en tanto éste ha sido concebido como una canasta de recursos (Gudynas, 2011).

La Postal Inimaginada

El costo que representa el sustento del ritmo de producción capitalista no es poco. La acumulación diferencial de bienes de uso y consumo ha representado el desmonte de bosques, la extracción indiscriminada de minerales, la contaminación de las aguas potables, la erosión de los suelos y su contaminación con agroquímicos filtrando trazas residuales a las aguas subterráneas, una enorme presión sobre las poblaciones naturales de numerosas especies condenadas a la extinción por el deterioro de los ecosistemas naturales y la pérdida de variabilidad genética que constituye el insumo de la evolución para garantizar la sustentabilidad del planeta. Ha sido un sector minoritario de la población mundial quien se ha apoderado de los recursos naturales, recursos que por otra parte constituyen patrimonio de la humanidad y del planeta por constituir y formar parte de una sofisticada cadena de interacciones que sostienen la vida tal como la conocemos. Esta apropiación está condenando al deterioro, no solo al resto de las especies y al entorno natural cada vez más restringido por el avance de las fronteras urbanas, sino también a gran parte de la población global.

A partir de esta postal que nos presenta un sistema natural al borde del colapso desde el punto de vista ecológico como resultado del cambio climático tal como reflejan numerosos documentales y una vasta cinematografía donde se inscriben títulos como “*El día después de mañana*” del realizador Roland Emmerich o la legendaria “*Erin Brockovich, una mujer audaz*”, basada en una historia real y protagonizada por Julia Roberts, podría concluirse que la mirada edulcorada en torno al desarrollo sustentable (Pierri, 2005) resulta insuficiente por la complejidad que representa el abordaje de la cuestión ambiental (Leff, 2007) y de la racionalidad que de este abordaje emerge (Leff, 2011). No obstante, la pandemia sumó una nueva postal -al menos en los inicios de la cuarentena a escala planetaria- que podría imaginarse como el set de filmación de algunas de las series que encabezan el raiting de las plataformas *on demand* y que tal como ocurre en “*The Rain*”, uno de los éxitos más vistos en el último año, o “*Virus*”, otro título que integra el catálogo dentro del mismo género, la cámara recorre calles desiertas que, en cierta manera, permiten imaginar la angustia contenida tras las persianas que confinan a las/os sobrevivientes.

La foto, que pareciera transcurrir en un mundo distópico, se tornó palpable y cotidiana durante las primeras etapas de la cuarentena, y como en un contraste impensado comenzaron a aparecer otras imágenes sorprendentes. Algunos cerros que meses atrás eran difíciles de vislumbrar en la ciudad de Santiago de Chile comenzaron a aparecer entre la bruma que se disipaba al disminuir la contaminación ambiental, en el cielo de muchas ciudades afloraron constelaciones que antes eran imposibles de observar a pesar de haber estado siempre ahí. Otras ciudades, por su parte, fueron invadidas por hordas de monos o manadas de ciervos e incluso los canales de Venecia -con sus góndolas atracadas a los muelles- mostraban, para asombro de muchos, aguas casi transparentes en las que pululaban varias especies de peces e incluso se observaba nadar a algunos cisnes.

Un nuevo escenario develaba la asombrosa capacidad de recuperación que mostraba la naturaleza ante la drástica disminución de la actividad económica a nivel global como consecuencia de nuestro confinamiento. Quizás una de las lecciones más elocuentes, emergentes de la pandemia, ha sido la de enfrentarnos a la evidencia de que un nuevo equilibrio ambiental no sólo es posible sin nuestra presencia en el planeta, sino que tomar

algunas medidas reparatorias podrían revertir los peores valores de algunos indicadores, ante el cese de las presiones que han generado el deterioro sostenido (Zavaro Pérez, 2018). En consonancia con este panorama esperanzador para algunas/os, también comenzaron a circular una enorme variedad de discursos que dibujaban la utopía de un mundo mejor como resultado de una suerte de pedagogía de la esperanza que ya en ese entonces mostraba ribetes de cierta ingenuidad.

Catalogar de ingenua esta última mirada no es pesimismo. La crisis ambiental que ha precedido a la pandemia, probablemente de origen zoonótico, y que incluso ha sido rotulada como una verdadera ecosindemia como resultado de la conjunción de diversos factores, no es resultado del desequilibrio de algunos ecosistemas aislados, sino de una política extractivista sostenida y globalizada, que ha sido amparada por la racionalidad imperante en el sistema político y económico que define los destinos de la sociedad e incluso por los medios de comunicación, que lejos de constituir una herramienta para informar, configuran medios de dominación de la opinión pública. La lógica del consumo no sólo ha sido responsable del enorme deterioro ambiental sino también de la pasmosa desigualdad que ha develado el coronavirus y que no es otra cosa que una crisis global del capitalismo neoliberal. Queda, no obstante, por contestar a la pregunta de si este escenario ha de constituir un punto de inflexión en la gestión del ambiente a futuro, y en la manera en que, como sociedad, nos concebimos y percibimos la otredad.

La guerra de las vacunas

Si bien es posible vaticinar que en poco tiempo la pandemia puede ser parte de la memoria colectiva y de las narrativas que hemos de legar a la posteridad ante el esfuerzo descomunal de la ciencia en la obtención de vacunas en tiempo récord y trabajando contrareloj gracias al saber acumulado y a la existencia de plataformas de investigación que han permitido transferir tecnología de manera casi inmediata, convirtiéndose ésta, en una gesta sin precedentes que da cuenta de la relevancia que tiene el conocimiento científico en respuesta a las demandas de la sociedad (González de la Fe, 2009), la vida después de la pandemia no pareciera augurar la posibilidad certera de construir un mundo mejor.

La guerra solapada que se ha desatado entre las naciones en pos de obtener la mayor cantidad de dosis de vacunas, sumado a la dificultad de la mayoría de los laboratorios para escalar la producción en tiempo récord y el precio excesivo de algunas de éstas, que en ocasiones resultan inaccesibles para muchos países, ha contribuido a configurar un contexto en el que, además, se ha instalado una campaña de desprestigio de unas (llamativamente las más accesibles) en favor de aquellas que son producidas por los países dominantes y que contribuyó a generar incertidumbre en la población sobre la necesidad de vacunarse como parte de una agenda protagonizada por los mismos medios y comunicadores que, lejos de informar, diseñan verdaderas operaciones de prensa que forman parte de una dinámica que se retroalimenta continuamente de manera negativa en pos de un interés que dista mucho de ser colectivo.

Acelerar los tiempos en los que pueda vacunarse a la población mundial para lograr alcanzar la llamada inmunidad de rebaño como premisa para lograr recuperar cierta normalidad es casi una utopía que sólo puede lograrse con un esfuerzo solidario que permita distribuir vacunas para todas/os, sobretodo en aquellos países que no pueden pagar el precio internacional. Esto resulta imperioso ante el peligro que representan las nuevas oleadas de contagios -como la que ha azotado en los últimos meses a la Argentina- a pesar de los avances alcanzados en la lucha contra el virus, que no sólo vaticinan nuevas cuarentenas intermitentes, sino que presagian un escenario cada vez más complejo porque la circulación comunitaria ha terminado por convertir al mundo en un laboratorio natural, ya que en la medida en que el virus circula, contagiando a nuevas personas y replicándose en el interior de sus células, aumenta su capacidad de mutar y esos cambios, que aparecen por azar, no sólo pueden originar nuevas variantes y cepas, sino que éstas podrían ser más contagiosas e incluso resistentes a las vacunas actualmente disponibles, una experiencia que no deberíamos transitar si primara la racionalidad por sobre el interés económico y geopolítico.

La posibilidad de lograr una inmunidad global que permita frenar los contagios en el menor tiempo posible requiere más que nada de la comprensión de la gravedad de la situación, de la responsabilidad de los gobiernos y la ciudadanía, de las decisiones y adhesiones por parte de organismos multilaterales internacionales y de una decisión mancomunada de los medios de

comunicación en el compromiso de informar y de generar debates respaldados por especialistas que aporten credibilidad, lo que pone en evidencia que la única solución posible ante esta coyuntura es la racionalidad y solidaridad, esa que, a pesar de todos los pronósticos, sigue pareciendo una utopía.

A modo de síntesis

Llegado este punto y recapitulando algunos razonamientos que interpelan la racionalidad individual y comunitaria, aparece nuevamente la desigualdad como la gran pandemia que ha atravesado a la humanidad a través de su historia y que ha tenido su máxima expresión en un mundo donde muchos carecen de los más elementales derechos cuando otros han logrado apropiarse de gran parte de los recursos y de las riquezas que éstos generan. La manera en que se han gestionado históricamente los recursos naturales ha consolidado modelos de sociedad que han derivado en patrones culturales y prácticas sociales naturalizadas que han terminado por potenciar el pecado y la mayor de las ofensas propugnada por la humanidad hacia los dioses, tal como narran y recuperan los mitos y tradiciones de muy diversas culturas. Ha sido la desmesura, la soberbia y sobretodo la arrogancia de sentirse unos superiores a los otros y de ejercer esa superioridad por encima, incluso, de las leyes de la naturaleza sin reparar en las consecuencias, la que nos ha conducido hasta esta encrucijada.

El mundo pandémico es un escenario de aprendizaje, nadie lo duda. Un escenario complejo que se modifica dinámicamente y en el que afloran aquellos intereses que subyacen en el entramado invisible de las postales que han ido emergiendo como posibilidad de futuro. El futuro pospandémico, sigue siendo tan incierto, incluso hoy, como el curso de la pandemia misma, y posiblemente por sobre el aprendizaje que nos pueda generar este tipo de experiencias para la sociedad y los acuerdos culturales que puedan suponerse, la realidad, que es develada por la experiencia, torna menos románticos los augurios, en particular aquellos relacionados con el vaticinio de un mundo desde el punto de vista ambiental más armónico y más igualitario, especialmente porque como sociedad no hemos aprendido a mitigar la hybris que tal como aseguran las tradiciones orales y relatan la trama de libros, largometrajes y series que inundan las pantallas de algunos medios, han logrado, como narraba Homero, desatar las más intempestivas pandemias.

Referencias Bibliográficas

- Algañaraz, J. (9 de marzo de 2020). Dramático testimonio. Coronavirus en Italia. “Como en un guerra, tenemos que decidir a quien salvar”, admite un médico. Diario Clarín, Mundo. Recuperado de: https://www.clarin.com/mundo/coronavirus-italia-guerra-decidir-salvar-admite-medico_0_wW2k1tdN.html
- Belardo, M. (2020). Covid-19 y el sistema de salud en Argentina. En: Goren, N. y Ferrón, G. (Comp.) *Desigualdades en el marco de la pandemia. Reflexiones y desafíos* (pp. 23-32). Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: EDUNPAZ.
- Berger, P. L. y Luckmann, T. (1968). *La construcción social de la realidad*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Ed.
- CEPAL (2020). América Latina y el Caribe ante la pandemia del COVID-19: Efectos Económicos y Sociales. Informe Especial N.º 1, COVID19. Recuperado de: <https://repositorio.cepal.org/handle/11362/45337>
- Castro, E. J. M. (2002). Las pasiones en el mercado: el espejo y la mano invisible. Ponencia presentada en las IV Jornadas de Investigación en Filosofía. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Filosofía, Universidad Nacional de La Plata. La Plata, Argentina.
- Frazer, J. G. (1961). *La rama dorada*. México DF, México: Fondo de Cultura Económica.
- Galán Avella, C. (2007). *Bases moleculares de la replicación del coronavirus TGEV*. Madrid, España: Facultad Autónoma de Madrid.
- García Álvarez, C. (2019). Pablabras culminantes en la tragedia griega – hybris. *Byzantion nea Hellás* 38, 75- 87. Recuperado de: <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-84712019000100075>
- González de la Fe, T. (2009). El modelo de triple hélice de relaciones universidad, industria y gobierno: un análisis crítico. *Arbor*, 185(738), 739-755. Recuperado de: <https://doi.org/10.3989/arbor.2009.738n1049>
- Gudynas, E. (2011). Tensiones, contradicciones y oportunidades de la dimensión ambiental del Buen Vivir. En: Farah, I. y Vasapollo, L. (Coords.) *Vivir bien: ¿Paradigma no capitalista?* (pp. 231-246). La Paz, Bolivia: Plural Editores. Recuperado de: <https://www.bivica.org/files/vivir-bien-paradigma.pdf#page=220>
- Leff, E. (2007). La complejidad ambiental. *Polis. Revista Latinoamericana*, 16, 1-10. Recuperado de: <https://journals.openedition.org/polis/4605>

- Leff, E. (2011). Sustentabilidad y racionalidad ambiental: Hacia “otro” programa de sociología ambiental. *Revista Mexicana de Sociología*, 73(1), 5-46. Recuperado de: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S0188-5032011000100001&script=sci_abstract&lng=pt
- Luthy, I. A., Ritacco, G. V. y Kantor, I. K. (2018). A cien años de la gripe española. *Medicina*, 78(2), 113-118. Recuperado de: <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/89222>
- Nicola, M., Alsafi, Z., Sohrabi, C., Kerwan, A., Al-Jabir, A., Iosifidis, C., y Agha, R. (2020). The socio-economic implications of the coronavirus and COVID-19 pandemic: a review. *International Journal of Surgery*, 78, 185-193. Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.ijssu.2020.04.018>
- OMS (2016). *Reglamento Sanitario Internacional 2005*, Ginebra, Suiza: OMS. 3ª edición. Recuperado de <https://www.who.int/ihr/publications/9789241580496/es/>
- Pierri, N. (2005). Historia del concepto de desarrollo sustentable. En Foladori, G. y Pierri, N. (Coords.) *¿Sustentabilidad? Desacuerdos sobre el desarrollo sustentable* (pp. 27-82). México DF, México: Cámara de Diputados LIX Legislatura.
- Restrepo, C. (2014). Las epidemias en la historia de la humanidad. *Universitas Científica*, 17(2), 80-85. Recuperado de: <https://revistas.upb.edu.co/index.php/universitas/article/view/1556>
- Rodríguez Ferrándiz, R. (2019). Posverdad y fake news en comunicación política: breve genealogía. *El Profesional de la Información*, 28(3), 1-14. Recuperado de: <http://rua.ua.es/dspace/handle/10045/93656>
- Segura, M.S. (2020). Con alerta pero sin pánico. El rol de los medios durante la pandemia. *Revista de la Facultad de Ciencias Médicas de Córdoba*, 77(1), 55-58. Recuperado de: <https://doi.org/10.31053/1853.0605.v77.n1.28066>
- Zavaro Pérez, C. (2018). La diversidad biológica y la evolución como garantía de la sustentabilidad de la vida. *Perspectivas: Revista Científica de la Universidad de Belgrano*, 1(1), 201-218. Recuperado de: <https://revistas.ub.edu.ar/index.php/Perspectivas/article/view/20>
- Zavaro Pérez, C. (2020). Racionalidades, paradojas y sinsentidos en torno a la pandemia. *Ludus Vitalis*, 28(53), 185-189. Recuperado de: <http://ludus-vitalis.org/ojs/index.php/ludus/index>